



AÑO III

BARCELONA 28 DE JULIO DE 1884

NÚM. 135

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—CROMOS DE VIAJE, por don Fernando Araujo.—Los

POMPEYANOS EN CÁPARRA (*continuacion*), por don Publio Hurtado.

GRABADOS: MENDIGO GRANADINO, dibujo tomado del natural por J. M. Marqués.—COGIDAS INFRAGANTI, cuadro por J. Weiser.—¡POR UNA NIMIEDAD!... cuadro por E. de Peerdt.—JÓVEN ALSA-

CIANA.—DURMIÉNDOSE, DORMIDA Y DORMITANDO, dibujo del natural.—UN DESCUIDO APROVECHADO, cuadro por J. Sonderland. SUPLEMENTO ARTÍSTICO: CRIPTA EN LA CATEDRAL DE GRANADA, dibujo de Pradilla.



MENDIGO GRANADINO, dibujo del natural por J. M. Marqués

## LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El cólera.—Sus ministros.—El veraneo y las Cámaras.—El incendio de la Real Armería.—El suicidio y la locura.—Un baile en el Congo.—Las aceras en Madrid de noche.

—¿Cree V. que avanzará el cólera?

—Es dudoso. Pero es temible.

—Sin embargo, esos doctores aseguran que no hay peligro mientras las cuarentenas se conserven y las medidas sanitarias sean objeto de vigilancia y cumplimiento.

—El cólera es un bichito. S. M. del Ganges tiene una corte microscópica. Sus ministros son el hambre y la miseria. Para destronarle no hay más que dos agentes revolucionarios: el ron y el ácido fénico.

—Tiene V. razón. Yo he nombrado al ácido fénico Ministro de Relaciones exteriores y al ron Ministro del Interior.

\* \*

Dos cosas constituyen el tema de las conversaciones: el veraneo, impedido por las noticias de la epidemia, y la suspensión de sesiones de las Cámaras.

Las Cámaras españolas han terminado hoy su legislatura. Recobra el edificio del Congreso, gallarda inspiración de las artes helénicas, el silencio, y el edificio del Senado, remozado con las artes del siglo de las vejeces del antiguo caseron que le constituye, cierra sus puertas y corre sus cortinas. Todos los años estos dos acontecimientos eran la señal de la desbandada para la buena sociedad madrileña que se apresuraba a salir de este horno coronado en busca de las brisas marítimas; pero ahora el miedo a la epidemia, y no el afán natural y patriótico de fomentar los intereses nacionales, detiene en Madrid a los madrileños.

Biarritz era el centro elegido todos los años por los veraneantes españoles, la concha en que navegaban las Vénus de la aristocracia. Este año se verá desierto aquel emporio del lujo y la vanidad.

Es indudable que esta vez el cólera ha sido proteccionista.

\* \*

El incendio de la Armería Real constituye uno de esos sucesos tristes en que aparece interesada toda la nación. Un viento fuerte y huracanado ayudó al fuego en la obra. El viento le decía: «¡quemame!» y el incendio decía a su cómplice: «empújame.»

Era aquello un colosal brasero. Las llamas lamían el cielo é iluminaban de lívidos reflejos el horizonte.

Las armaduras de los gloriosos héroes de la reconquista caían al suelo pesadamente por haberse incendiado los maniqués que las sustentaban, imagen de la generación presente que no puede ya con el peso de las pasadas glorias.

\* \*

Nueve suicidios han ocurrido en Madrid en sólo una semana.

Esto hace pensar con pavor en si habrá un microbio del suicidio como le hay del cólera y del tifus.

Una vez admitida esta suposición, sería preciso convenir en que ese microbio se desarrolla prodigiosamente con el calor.

Los que creen que el suicidio es la consecuencia de un estado de locura, pueden ver en estos datos una confirmación de sus teorías. Es cosa sabida que el calor contribuye al desarrollo de la enajenación mental. En verano se volvió loco D. Quijote; en verano se volvió loco Hamlet.

\* \*

Hace pocas noches asistimos a la reunión de la sociedad de Geografía. Un viajero narró con pintoresco estilo un baile dado en el Congo en honor del investigador Brazza. Escuchémosle, que su relato es curioso.

Estamos entre las Bateques del Alima. El país es arenoso, carece de bosques vírgenes y se parece no poco a las grandes mesetas de Argelia. Hay aquí y acullá algunos grupos de árboles de campeche ó ébano, entre los cuales serpentean riachuelos, cuyas verdes riberas producen abundantes y variadas esencias, y la liana de cauchuc.

Las aldeas, pequeños grupos diseminados de cuatro ó cinco chozas, están rodeadas de palmeras cuyas cortezas y palmas han arrancado los indígenas para construir sus habitaciones y objetos diversos de industria, como pagas, canastos, cuévanos, etc.

La aldea tiene hoy su tranquilo aspecto ordinario. Los hombres duermen, ó fuman á la sombra, observando los trabajos de las mujeres y los esclavos, que consisten en tejer, en preparar la tapioca ó el aceite, ó la cerveza de palma. Los chicos se ejercitan en lanzar la azagaya.

Con la rapidez del rayo pasa de boca en boca una noticia.

Un correo que llega jadeante la ha traído. «Rocamambo (nombre que los indígenas han dado á M. de Brazza, y que significa buen comandante), el gran jefe blanco, está á tres días de camino.»

Estas palabras corren como el fuego en una línea de pólvora.

Todos se precipitan hácia el fatigado mensajero y se

apiñan en torno suyo. Le dirigen mil preguntas; es un runrun en que los chicuelos también toman parte.

En cuanto ha pasado el primer momento de emoción, la noticia circula por las aldeas comarcanas. En todas partes hay las mismas demostraciones de sorpresa y alegría. Habrá un gran tam-tam; es cosa convenida.

Empiezan los preparativos de la fiesta. El bello sexo, sobre todo, sale de sus casillas; necesita tiempo para operar las obras maestras de sus tocados, para bruñir sus pendientes, y las pulseras de cobre con que las damas principales del país adornan brazos y piernas.

A pesar de su soberano desprecio por los diamantes y los objetos de oro y plata, las conguesas no dejan de ser coquetas en alto grado.

En cuanto á las piedras preciosas, no usan otras que perlas de porcelana y collares de París, con los cuales se adornan la garganta y los cabellos propios y postizos.

Nuestros lectores no sabrán quizás que en el país se hace un comercio considerable de rodetes; pues sí, y no nos equivocamos al afirmar que en esto las negras no se han quedado atrás. Hay que preparar también la toba que servirá para trazar al rededor de los ojos un círculo blanco con el fin de agrandar sus órbitas y darles más expresión... ¿no usan negro nuestras blancas?... Habrá que limar los dientes, pues no están bastante puntiagudos; gustan en aquel país las sonrisas incisivas.

Como el traje consiste en una pagua nada más (pedazo cuadrado de tejido, que hace veces de... hoja de parra), se trazarán en diversas partes del cuerpo líneas dispuestas artísticamente, pero procurando siempre dar relieve á las bellezas personales.

Como fondo de color de todos estos adornos se cubren el cuerpo con una espesa capa de aceite de palmera.

Pero el objeto principal será siempre el peinado. En este punto la moda impone sus leyes inexorables.

Una mujer no podrá faltar á las reglas formalmente establecidas sin exponerse á la burla de sus compañeras. Es preciso que su tocado produzca en los hombres distinguidos efectos irresistibles.

Una de las condiciones indispensables es que el peinado sea muy voluminoso.

El sol tropical enviaba aquel día sus rayos más templados. Llegan los invitados al lugar de la fiesta; los de las aldeas vecinas están agrupados con sus amigos del lugar á la sombra de las altas palmeras.

Los hombres se han puesto sus adornos más lindos; pulseras de cobre y marfil en los brazos y las piernas, collares de dientes de cocodrilo ó de león.

Ya llegan las bailarinas con sus enormes tocados: una tiene los cabellos levantados en uno y otro lado de la cabeza á manera de alas abiertas; otra se ha hecho un sin número de trenzas que ha entrelazado con hileras de cuentas.

Todas procuran parecer graciosas y coquetas. Con júbilo febril, mal disimulado, esperan el momento anhelado de empezar el baile.

A la edad de 9 años, las muchachas, núbiles ya, tienen derecho para tomar parte en el tam-tam. El más impaciente de la aldea ha subido á lo alto de una colina; á lo lejos divisa el gran jefe blanco acompañado de unos cuantos de sus «hijos blancos.» Una numerosa escolta de negros le acompaña también, con fardos de mercaderías.

—¡Rocamambo! ¡Rocamambo!—exclaman todos.—La muchedumbre se agita; los jefes se adelantan para estrechar la mano al que les trae la paz y la amistad. Las mujeres quedan apartadas ó detrás de los grupos, pero todas se impacientan por ver á los blancos. Los chicuelos se meten por entre las piernas de los asistentes ó se suben á las palmeras como monos.

Al fin ya llegaron...

El jefe blanco, vestido con un jaique nada más, descalzo, con un casco en la cabeza, se adelanta para ir al encuentro de los jefes negros, que á su vez se precipitan sobre aquel para abrazarle, exclamando:

—¡Chamba, Chamba!

Rocamambo se sonríe con dulzura. Le conmueve tal acogida en esa tierra africana en que tanto ha luchado, sufrido; mejor comprendido aquí que en su patria adoptiva, donde muchas veces la envidia y el odio han querido arrebatarle ó disminuir la obra que él consideró, y con razón, como suya, y á la que ha consagrado toda su vida.

Todo el mundo está pronto. Los músicos, cuyo número asciende á unos treinta y cinco ó cuarenta, están formados al rededor de su jefe, el tocador de tam-tam. Su instrumento se compone de un tronco hueco de árbol, de un metro y medio de alto, con un cuero de carnero muy estirado en la parte superior. El tocador de tam-tam está de pié y golpea el tambor con la palma de la mano y con los dedos. Los músicos que le rodean tienen calabazas de tamaño y formas diferentes, con uno, dos y hasta tres agujeros.

Entre los instrumentos de cuerda hay uno notabilísimo; es una especie de arpa cuya forma es la de un arco de madera hueca; tiene cuatro cuerdas y produce ocho sonidos diferentes. Para aumentar la caja armónica hay un agujero en la parte convexa del arco que comunica directamente con el agujero de una calabaza hemisférica. En los dos extremos del arco hay una porción de anillos de metal que chocan entre sí á cada vibración de las cuerdas del instrumento.

Los bailarines de ambos sexos se forman en dos filas circulares. Cada uno tiene una calabaza llena de piedras ó semillas duras que agitan en cadencia como castañuelas.

Empieza la función. El baile, siguiendo el ritmo de la

música, es primeramente un mero balanceo muy lento hácia adelante, hácia atrás, á derecha y á izquierda; luego es cada vez más acelerado, hasta hacerse vertiginoso. Entónces, gritos que ensordecen y notas discordantes llenan los aires, y en medio de una nube de polvo, cargada de olores acres, se distingue un torbellino de cuerpos de mil matices, que se agitan, se caen, se levantan y producen un efecto originalísimo y fantástico, que podría muy bien figurar en una obra maestra como el *Evansior*.

En los intervalos, un bailarín hace una señal al tocador de tam-tam; cesa la música: improvisa el canto siguiente:

SOLO	Rocamambo entre nosotros. Negros amigos de los blancos; Blancos amigos de los negros.
CORO	¡Grandes blancos! ¡Grandes blancos!
SOLO	Dar buena mercancía, Por tapioca, bananas, Conduce colmillos de elefantes.
CORO	¡Grandes blancos! ¡Grandes blancos!
SOLO	Dar buen aguardiente, Para tocar bien el tam tam, Dar sal y tabaco.
CORO	¡Grandes blancos! ¡Grandes blancos!
SOLO	Blancos, muy salvajes; No comer cigarras, ni sapos; No conocer fetiches.
CORO	¡Pobres blancos! ¡Pobres blancos!
SOLO	Bulamentari léjos de nosotros; El, blanco mucho malo, Negros no querer á él.
CORO	¡Blanco malo! ¡Blanco malo!
SOLO	Mujer negra amar hombre blanco, A veces hombre blanco amar mujer negra, Mujer negra querer hijo blanco.
CORO	¡Lindos blancos! ¡Lindos blancos!
CORO FINAL	Rocamambo entre nosotros. Negros amigos de los blancos, Blancos amigos de los negros. ¡Lindos blancos! ¡Lindos blancos!...

La figura más linda del baile es aquella en que el bailarín procura arrebatar la pluma de gallo de la cabellera de una doncella del lugar.

Ahora bien, no siendo la bailarina ménos ágil que el bailarín, se le escapa, lo cual hace que el hombre multiplique sus esfuerzos. Su buen éxito es aplaudido unánimemente con fuertes carcajadas y gritos frenéticos. También el fiasco excita la hilaridad.

Pero lo que ha producido sensación fué que una jóven bailarina sumamente ágil, despues de haberse escabullido cuatro veces de su perseguidor, se acercó á Rocamambo, temblando de emoción, con la mirada fija en la tierra, y depositó á sus piés la pluma de gallo.

Sorpresa general. Jamás se había visto semejante cosa.

\* \*

Un periódico pide anoche que se prohiban esas tertulias al aire libre que se congregan en las aceras de las calles.

En realidad estorban el tránsito; pero no es justo obligar á esa pobre gente á encerrarse en sus cuchitriles, jaulas de grillos en que se abrasan durante el día, esperando que con la noche llegue á sus pulmones un soplo de aire respirable.

Como aquí lo supérfluo es lo necesario, y viceversa, se piensa en reglamentar la población canina de Madrid, y no en construir barrios de obreros, espaciosos y sanos. El jornalero que vive durante el día derritiéndose al sol en un andamio, así que llega el crepúsculo tiene por descanso un mechnal insano y fétido, cuya única respiración es un ventanuco como una caja de jalea, abierto en el techo.

Para ver horizonte, para respirar aire libre, el jornalero tiene que salir á la calle, la casa de los que no la tienen. Cansado de trabajar, el paseo, léjos de serle placentero, le es enojoso. Desciende desde su buhardilla al arroyo. Se forman esos grupos yacentes que ocupan la acera. Queda interrumpido el tránsito de órden del pueblo-rey. Pasa por allí un filántropo y se escandaliza, en vez de pensar que Madrid tiene necesidad de construir barridas para obreros, donde haya mucho aire sano, mucha agua y muchos árboles. El antiguo Madrid se conserva aún con todas las condiciones malas de su sistema de construir apelmazamientos de casas, sin dejar plazas que han de ser como los pulmones de las grandes ciudades. Al rededor de ese antiguo Madrid ha seguido edificando la nueva ciudad sus hoteles, sus barrios de Pozas, Argüelles, Salamanca, Chamberí, se ha extendido como gota de aceite en el papel. El antiguo Madrid ha quedado prisionero, despojado de horizontes por sus hijos. En una fuente de vecindad hubo ayer una colisión entre varias mujeres. Los cántaros se convirtieron en armas arrojadas y volaron por el aire como rojas granadas de barro. La fuente de vecindad conserva aún el carácter de los héroes del gran Cruz. La larga fila de botijos ventrados y de obesos cántaros se prolonga muchas varas más allá del caño. Forma como larga serpiente cuyos anillos se suceden sin cesar, prosaica imagen de la sed eterna de la ciencia. El amor anda allí con sus encantos, alterando el buen órden de los cacharros.—¿Quién da vez?—pregunta una moza que llega á última hora.

Se sigue un turno pacífico de botijos. Al aguador le está vedada la fuente del bien y del mal; esto es, para el caso, la fuente de vecindad.

A veces el «traidor del agua,» se deja arrebatar de la

seducción que inspira todo lo prohibido... Acude á la fuente de vecindad, mirando á todas partes con desconfianza, liba en el fresco chorro, harta de pura linfa las entrañas de su cuba... y se aleja agitando lentamente aquel redondo retazo de cuero que sobre su espalda tiene algo de ala.

J. ORTEGA MUNILLA

**NUESTROS GRABADOS**

Mendigo granadino,

DIBUJO DEL NATURAL POR J. M. MARQUÉS

Los apuntes del *Album* de un artista son como las memorias íntimas de una personalidad que necesita consignar, de una manera ú otra, sus impresiones. O no hay artistas y escritores verídicos en el mundo, ó esa verdad ha de encontrarse precisamente en esos apuntes, en esas memorias, que parecen unos soliloquios del autor á propósito de un objeto determinado.

En prueba de ello, ahí está el *mendigo granadino* de Marqués. Nuestro paisano ha visto á ese personaje, le ha visto y le ha tocado, como suele decirse, y le ha dibujado sobre el terreno. No es, por consiguiente, de extrañar la impresion de verdad que nos causa. Es un verdadero tipo (lo que no constituye tipo no interesa al artista), tipo africano puro, por más que haya nacido cabe el Genil... Si pudiéramos explorar su abolengo, de fijo resultaría proceder en línea recta de alguno de aquellos cortesanos de Boabdil, cuyas disensiones costaron al *rey chico* la pérdida de su Granada.

Cierto que el descendiente de Zegrís ó Abencerrajes, que no tenemos empeño en lo uno ni en lo otro, ha perdido algo, y aún mucho, de la gallardía con que sus mayores rompieron lanzas en Viva Rambla; pero aún á través de la degeneracion, el africano subsiste, con su tez pálida y huesosa, sus labios sensuales, su mirada lánguida y esa pereza tan propia de los pueblos á los cuales la naturaleza favorece en demasía y que tanto contribuyó á la ruina de los hijos del Profeta.

Cogidas infraganti, CUADRO POR J. WEISER

Bien dice el refran: lo vedado es deseado, y por lo que respecta á la mujer, hartos sabemos que fué la primera en dar ejemplo.

Refiérese este cuadro sin duda á la época en que, no conocido aún bastantemente el pro y el contra del tabaco, su uso fué prohibido bajo severas penas, y aún la Iglesia creyó del caso fulminar sus censuras contra el conculcador del precepto. Por aquel entonces, fumar era una bellaquería en el sexo fuerte; con que figúrense Vds. lo que ocurriría tratándose del sexo débil. Pero mis señoras las mujeres, sobre todo cuando se llaman Julia Mancini, sobrina del cardenal Mazarino, que es la heroína de este cuadro, no se dan á partido tan fácilmente como los hombres, y el tabaco debió saberlas á gloria, por más que, con perdon sea dicho de algunas americanas y andaluzas, no es el hábito producido por una tagarnina el que puede haber hecho calificar de celestial el aliento de las damas. Bien procuran las de nuestro cuadro disimular su reprehensible conducta; mas las faltas dejan rastro comunmente, y por lo mismo que no hay humo sin fuego, tampoco hay humo de tabaco sin tabaco en combustion. Las fumadoras de tapadillo han sido sorprendidas, á un tiempo, por el brazo civil y el eclesiástico; pero dudamos se las aplique el edicto del rey, ni la excomunion pontificia. El absurdo en la pena la convierte en imposible.

El cuadro, considerado artísticamente, es bellísimo; sus grupos están bien entendidos, las actitudes son naturales, las fisonomías, en particular las de las mujeres, expresivas, y la impresion que causa es verdaderamente grata.

¡Por una nimiedad!.. CUADRO POR E. DE PEERDT

En distintas ocasiones lo hemos dicho: hay cuadros que son todo un tratado de moral, y uno de ellos es el cuadro que nos ocupa. Verdad es que para conseguir este objeto, se necesita que á la profundidad del asunto se agregue una ejecucion perfecta y conducente como la empleada en esa obra, tan bien sentida como bien realzada.

Por una nimiedad, como dice el autor, por una flor que quizás pasó del seno de una mujer al ojal del uniforme de un mancebo; por una palabra ligeramente pronunciada, por una accion torcidamente comprendida, el mal llamado honor de dos hombres ha producido una catástrofe. El hecho ha tenido probablemente lugar en un baile, á donde uno y otro combatiente acudieron soñando toda suerte de felicidades; tal vez, al dirigirse á la suspirada fiesta, uno ú otro besaron con amor la mejilla de su esposa ó con respeto la mano de su madre...

Han transcurrido unas pocas horas, ha tenido lugar un incidente sin importancia real, y el vencido yace bañado en sangre, y el vencedor... El vencedor quizás sea más desgraciado: su conciencia se encargará de amargarle una vida que se le hará sobrado larga.

La composicion de este cuadro es realmente notable: todo en él contribuye á infundir tristeza; el lugar de la escena concuerda con la escena misma: uno y otra causan frio, frio en el cuerpo y frio en el alma.

**Jóven alsaciana**

No todas las alsacianas son como esa muestra, que si lo fueran se comprendería el empeño que tuvieron los prusianos por quedarse con esa provincia y el que tienen los franceses por recobrarla.

Sin embargo, ello es cierto que las hijas de Alsacia son generalmente agraciadas y realza su belleza un tocado bastante original en que sobresale un enorme lazo negro, que las da cierto aspecto melancólico.

Desde que Alsacia ha dejado de pertenecer á Francia, ese tocado parece ser el luto que las mujeres llevan por la perdida patria.

**Durmiéndose, dormida y dormitando,**

DIBUJO DEL NATURAL

Los tres grados del sueño, podría titularse ese cuadro. Su autor ha vencido en él la dificultad consiguiente á la gradacion de una misma cuerda dominante, y lo ha conseguido de una manera agradable y produciendo un grupo encantador.

Así se duerme cuando se tienen pocos años. Y así se pinta cuando se estudia el natural con ojos de profesor.

**Un descuido aprovechado,** CUADRO POR J. SONDERLAND

No se dirá que la niña de ese cuadro sea egoísta. Dió con el cucurucho de las arvejas y dijo para sí:

—¿A quién pueden hacerle más falta que á las palomas?

Y con la presteza del que practica una buena accion, se planta en el corral y practica la obra misericordiosa de dar de comer al hambriento.

Mas el resultado excede á sus deseos: el cucurucho se vierte casi por completo, y como las palomas no están llamadas á interpretar la intencion de su generosa proveedora, acuden al monton inesperado y se regalan opíparamente, sin hacer el menor caso del asombro de la muchacha, que no la permite ni siquiera esquivar á las aves inocentes.

Es un cuadrillo simpático, recomendable por su naturalidad.

**SUPLEMENTO ARTÍSTICO**

**Cripta en la Catedral de Granada,**

DIBUJO DE PRADILLA

Fundaban en 1504 los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel la llamada Capilla Real, anexa á la Basílica granadina, y debajo de ella construíase una pequeña y oscura cripta que más tiene de mazmorra que de lugar sagrado.

El forastero que visita esta maravilla del arte gótica, puede ver en la capilla los suntuosos sepulcros de los fundadores y de sus sucesores doña Juana y D. Felipe, prodigios de escultura que recuerdan á la posteridad un drama histórico y una tragedia íntima, Isabel y Fernando en la plenitud de su gloria, Juana y Felipe, unidos únicamente por la muerte en un mismo lecho de piedra.

Esos sepulcros, sin embargo, son una simple y lujosa exterioridad.

Tras esos mármoles afligranados, en el hueco de esas tumbas que son desesperacion de los artistas modernos, nada existe de aquellos reyes, nada, ni la ceniza de sus cuerpos, ni el polvo de las reales vestiduras. Las cajas de plomo barreadas de hierro que contienen los despojos de las dos régias parejas, se hallan en la lúgubre cripta de que ántes hemos hablado y que el eminente Pradilla ha copiado del natural con particular acierto.

El autor de la *Rendicion de Granada* debe haber penetrado con singular emocion en ese recinto subterráneo que guarda la nada de esa reina que ha pintado tan bella y tan feliz, de ese soberano que ha trazado tan lleno de benevolencia y de majestad. Y como Pradilla es todo un artista, su dibujo ha resultado un cuadro impregnado de poesía, una poesía extraña, que huele á muerto.

¡Qué contraste, el cuadro de la *Rendicion de Granada* y el dibujo de los sepulcros ciertos de sus invictos conquistadores!..

**CROMOS DE VIAJE**

(D'après nature)

I

**¡Viajeros... al tren!**

—¡Paquí, paquí, Reimunda!... Este sí que está desocupao...

—Toma!... Pues dí que sí, no es mala fortuna... ¡Antonia, Rita, Micaela... venísos paquí!...

—Anda, anda, no perder tiempo; veime dando esos achipreres.

—Ahí va la cesta; ten *cuidao*, que están ahí los ocho huevos que me dió la Pascuala.

—¡Vaya un disparate!... Buena tortilla se van á hacer. ¡Paqué traes eso?

—¿Y qué querías que hiciera? Pues ya verás como te gustan. Toma las alforjas; no las pongas de ese *lao*, hombre. ¿No ves que va ahí la *cociniya* y se nos va á *aboyar*?

—No tengas miedo; es fuerte.

—Ahí van las correas con los abrigos.  
—Bueno, mujer, échalos *paquí*, aunque me se ha puesto en la cabeza que *tó* esto está de sobra.

—¿Sobras?... ¡No están malas sobras!... Ya verás si *pa* San Sebastian te chupas *entavía* los *deos* de frio... y sino... aquí está doña Rita, que no me dejará mentir. ¿No es cierto, doña Rita?

—¿Cuála?

—Lo del frio *pa* San Sebastian.

—Ya lo creo que hay rio... un rio que va á dar á la mar, y que tiene un puente...

—Pero ¡qué rio ni qué ocho cuartos, señora!... Si hablamos del frio...

—¿Frio dice V.? ¿Que tiene V. frio?... Pues, hija, lo que es yo... estoy abrasadita... ¡Uf!...

—¡Demonio de sorda!... La digo que si hace frio *pa* San Sebastian.

—Pero, señora, *pa* preguntar eso no hace falta pegar esas voces; soy algo *timienta*, pero no es *pa* tanto ¡caramba!... Y luego... ¡me gusta la embajada! ¿Qué sé yo si hace ó no frio? ¿Lo he visto yo?... ¡*Asin* haga más frio que en Madrid por enero!

—Vaya, dejemos esta conversacion. ¿Estamos ya todos, Reimunda?... *Mirai* á ver si falta algo; aquí está la maleta, ahí los abrigos, allí la cesta chica, ahí la grande... pero ¡calla!... ¿*Qu'es* eso que pinga?... ¡Bueno te estás poniendo el vestido!... ¡Vaya una estrena!

—¡Jesus, María y José!... Si son los huevos...

—¿No te lo decia yo?...

—Pero *recondenao*: ¡*paqué* me has puesto encima de la cesta ese saco? ¿No ves que se aplastaban los huevos?

—*Pis* hija, tamboril por gaita; ya la cosa no tiene remedio.

—Pero ¿y mi vestido, Virgen de la Paloma?... ¿Qué hago yo con mi vestido?...

—*Pos* hija... *nd...* chuparlo si te parece.

—Anda y chúpalo tú, calzonzos... que no sirves *pa* maldita de Dios la cosa como no sea *phacer estrupicios*.

—Mira, Reimunda, tengamos la fiesta en paz.

—Tiene razon la Reimunda...

—Cuidadito con alzar el gallo, doña Rita, ó doña Timienta ó doña Demonios... que ya me voy yo atufando... Pues no parece sino que se ha hundido el globo... cuando sólo se trata de que se han *escarchao* dos huevos...

Si se escarcharon por hache ó por erre, *escarchaos* están y *san se acabó*.

—Pií... pií... pií... ff... ff... ff... trácala... trácala... trácala... ff... ff... ff... pií... pií...

—¡Gracias á Dios que hemos *arrancao*!... ¡Adios Madrid, que te quedas sin gente!

II

**Parada y fonda**

—¿Qué estacion es esta?

—Medina del Campo.

—¿Para mucho aquí el tren?

—Más de media hora.

—¿Oyes, Luisa? Si quieres, aquí podemos bajar; tenemos más de media hora.

—Sí, eso dicen. Pero ¿y si se nos marcha?

—¡Qué se ha de marchar, mujer!... ¿Tanto se tarda en beber un vaso de agua?

—Pues mira, baja tú si quieres, yo no me atrevo. Tengo mucha sed, pero lo que es yo... la verdad, no sirvo para esas prisas.

—Pero no seas tonta, querida; si no hay prisa ninguna; si tenemos tiempo para comernos un pavo rellenó y remojarlo con un par de botellas con toda tranquilidad; cuanto más para beber un vaso de agua...

—¡Vaya, no te empees, te digo que no! Yo me atraganto toda si ando con prisas; era capaz de ponerme mala.

—¡Qué apocada y qué niña eres!... Vaya, pues ahí te quedas, mientras yo voy á la fonda á refrescar el gáznate con una botella de gaseosa.

—¿Y te atreves á dejarme sola?... ¿Y si se va el tren? Por Dios, Alfredo, no te vayas; eres tan distraído que te vas á quedar en la estacion... ¡Jesus! no quiero pensarlo...

—¿Qué sería de mí? Era capaz de tirarme por una ventanilla.

—Pero hija del alma, no seas tan aprensiva; hazte el cargo, mujer... si tú no quieres bajar, déjame bajar á mí; yo te aseguro que no hay temor ninguno.

—No me lo digas, Alfredo, no me lo digas... mientras vas á la fonda...

—Si está á un paso... mírala, ahí enfrente...

—¡Bueno!... Pero mientras vas, y pides la botella, y te la sirven, y la bebes, y pagas, y esto y lo otro, y por aquí y por allá, y qué sé yo... ¡por Dios, Alfredo!...

—Pero si tengo media hora...

—¡Sí, sí!... ¿Dónde estará ya la media hora! Desde que nos lo dijeron...

—Sólo se han pasado tres minutos...

—¡Jesus, qué disparate!... ¡Tres minutos!... Pero, hombre, ¿estás en tu juicio?

—No tienes más que ver el reloj.

—Andará mal tu reloj; yo creo que no le has dado cuerda...

—Si no es mi reloj, sino el reloj de la estacion el que lo dice...

—¡Se habrá parado acaso!... ¡Quién sabe, Alfredo!... Ya ves tú que eso no puede ser...

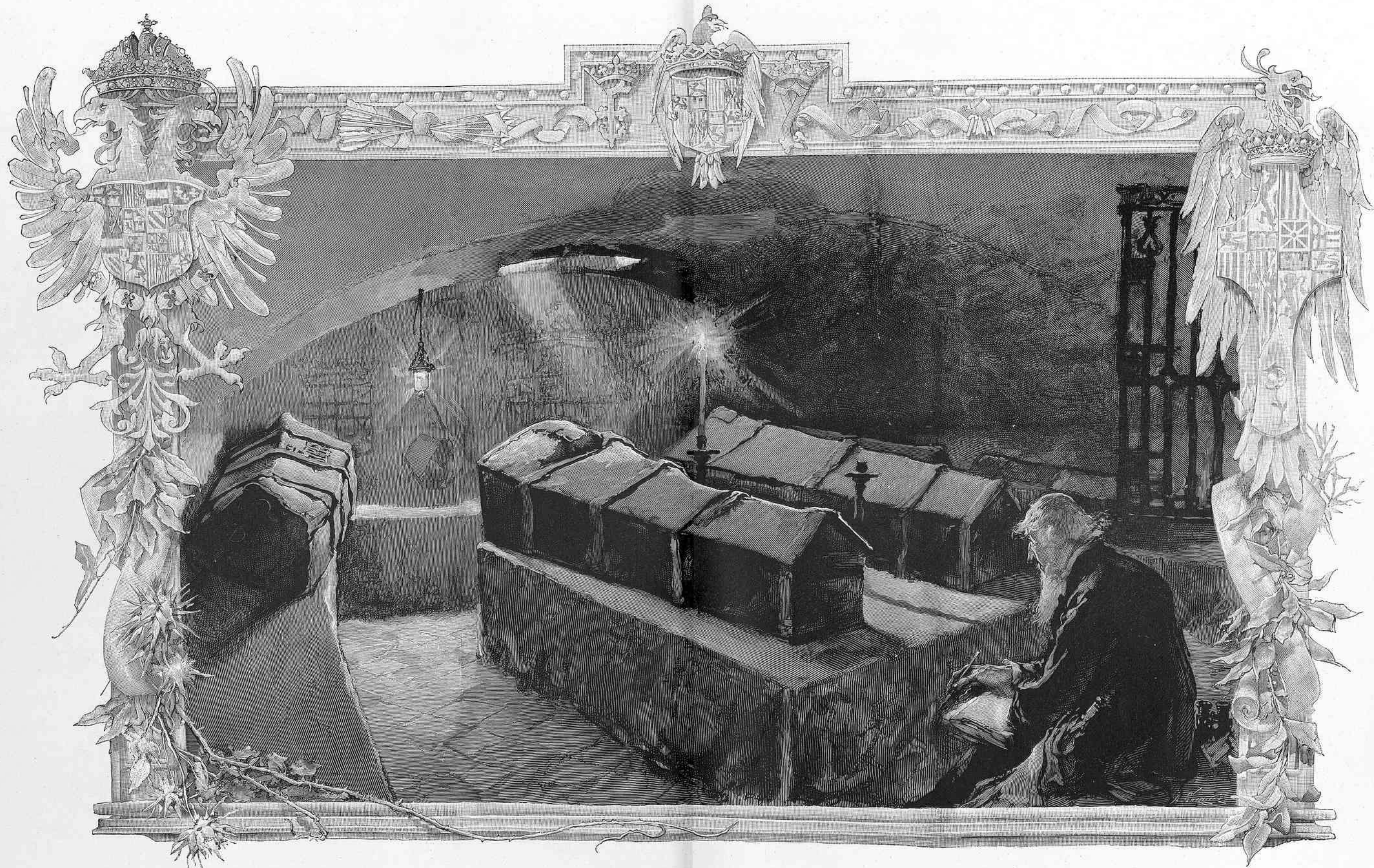
—No seas loca, mujer... vaya, vuelvo en seguida.

—Alfredo, Alfredo, por Dios, no me abandones, no



COGIDAS INFRAGANTI, cuadro por J. Weiser

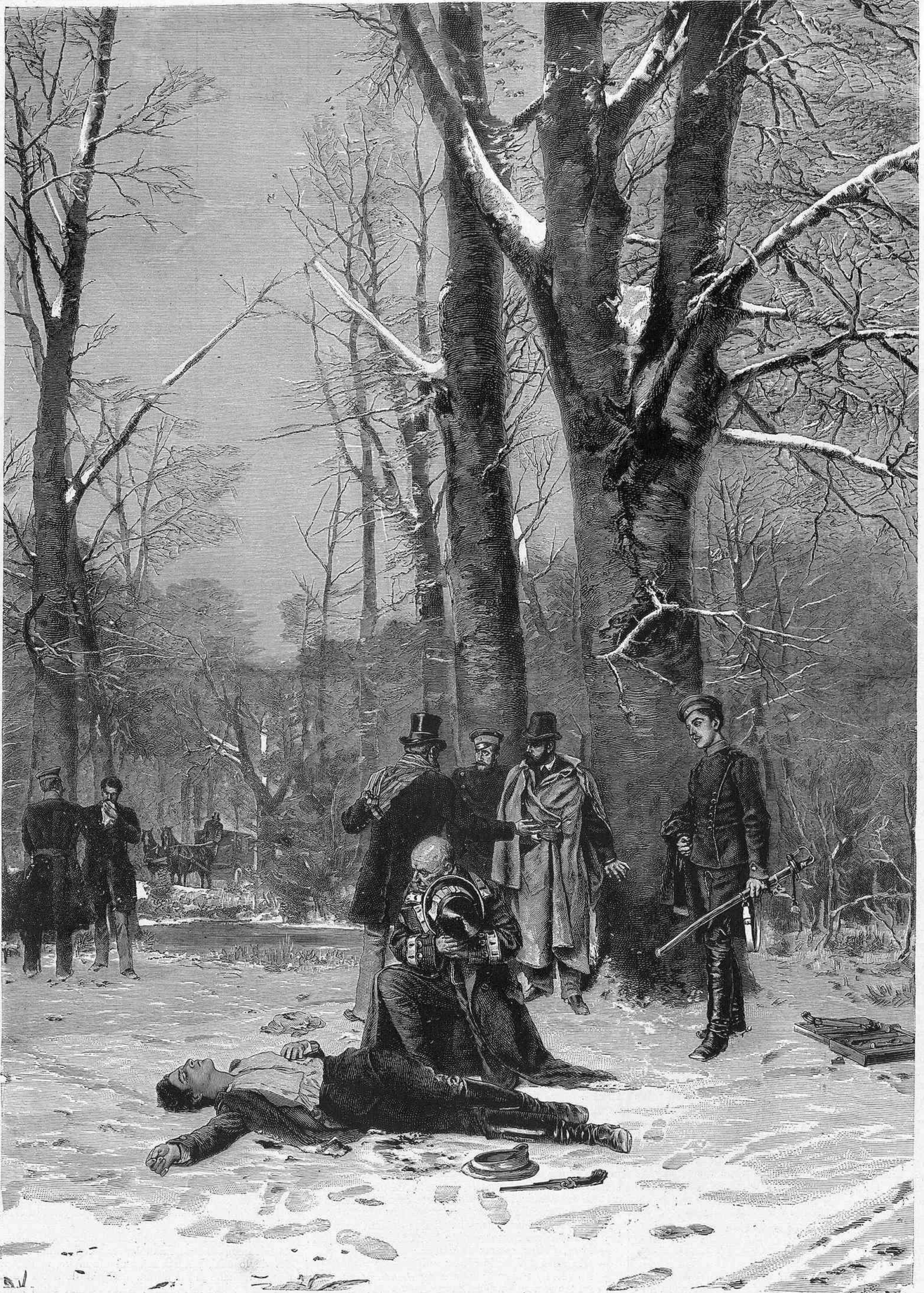
GRUPPO DI LA CALIBRE DI ROMA, 1914



CRIPTA DE LA CATEDRAL DE GRANADA, EN LA QUE SE CONSERVAN LOS RESTOS DE LOS REYES CATÓLICOS,

DIBUJO DE PRADILLA





¡POR UNA NIMIEDAD!... cuadro por E. de Peerdt



me des ese disgusto, haz más caso de tu mujercita.... ¡Dios mio!... Y que tenga una que rogar... ¿Quién me lo había de decir hace quince días?... Todos, todos son lo mismo...

—Pero, hija, si tengo seca la garganta...

—También yo la tengo, Alfredo, y me aguanto. No seas malo, por Dios, no seas ingrato, no te vayas; si me quedará sola y el tren se fue...

—Pero ¡qué se ha de ir! ¡qué se ha de ir!

—Sí, sí, Alfredo, puede irse, no digas que no... Mira, yo te quiero mucho; siéntate aquí, á mi lado, estate quieto... ¿Oyes? Ya silba la máquina.

—Andará de maniobras.

—No me dejes, por Dios.

—Esto es sacrificarme, Luisa, sacrificarme por un capricho tonto y sin fundamento.

—Todo lo que quieras; riñeme, pégame, llámame tonta, boba y cuanto se te antoje; pero no te vayas ahora, dame ese gusto; yo te prometo que en la primera estación en que pare el tren otra media hora siquiera, me bajo contigo á beber un vaso de agua.

—Pues aviados estamos; lo mismo me vienes diciendo desde que salimos de Toledo, y todavía...

—¿Pero tú no ves que es por lo mucho que te quiero?

—Sí, sí, ya sé; de puro lo que te quiero te muerdo.

### III

#### Críticas

—Oye, chica, *miá* qué cara tiene aquella *individua* de los *antiojos*; con el sudor que *l'ha corrió* de la frente *p'abojo* le ha *quedao* la *fesonomía* como *jaspeá*.

—¡Sí, buen jaspe te dé Dios!... A lo que se parece esa cara es á una pared *blanqueá* llena de corriduras de goteras... Pero *arrepára*, mujer, *arrepára* en aquel esperpento del sombrero... ¿De dónde habrá *sacáo* semejante birria? Como si lo viera *qu'es* un sombrero de hombre *recortao* por la copa...

—¿El hombre?

—No, boba, el sombrero.

—Y *qu'es verdá*: *recortao* por la copa, *retorio* por el ala, y *disfrazao* de *estranjis* con ese pegote de cintajos; debe ser un sombrero viejo de su marido...

—¡Cállate, mujer! ¿Cómo *quíés* *qu'ese menumento* tenga marido? ¿Quién *l'había* de querer?...

—Tienes razón, mujer; no me había *fijsao* bien *entadía*; parece una basilica...

—Mira, mira esa; esa sí que tiene que ver. ¿Has visto en la vida facha semejante?

—Cállate, mujer... Si *pa'e* *qu'estamos* en Carnaval... ¡Vaya un traje de capricho!

—Lleva el manto *colgao* del pescuezo con unos tirantes...

—¡Qué gracioso!... ¿Será francesa?

—¡Qué ha de ser! Debe ser portuguesa ó italiana; ó *pué* que sea una mora.

—Vamos á preguntárselo por gusto... ¿nos entenderá? *Oigasté*... la del manto verde... ¡eh! madama, V. dispense. Diga V. por una porfía, ¿de dónde es V.?

—Del valle de Ansó.

—¿Y *pa* dónde está eso, señora? V. dispense la curiosidad; es por una porfía.

—En Aragón.

—Pero entónces, ¿V. es española?

—¡Ya lo creo!

—Usted dispense.

—No hay de qué.

—¿Pos hija... ¡quién lo había de decir!

—¡Cállate, mujer, si yo me hago cruces!... Pensar que esa percha es española... ¡vamos! Si yo fuera *menistro* lo prohibía; suponte tú, es una figuración, que esa facha va á Francia; ¿qué pensarán de nosotras los extranjeris? Eso no se debía consentir, no señor.

—Oye, oye; *miá* tú si sale cierto lo que nos dijeron.

—¿Conoces aquel que va *pa* la fonda?

—¡Toma! ¡Pos no *l'he* de conocer!... ¡Jesus *devino*! Si es D. Prudencio... ¡no está él mal Prudencio! D. Imprudencio sí que se debía llamar. *Miá* tú, *miá* tú cómo lleva del *bracilete* á la ribeteadora del quinto... Pero ¡qué cosas se ven por el mundo, mujer! Y luégo se extrañarán de que doña Susanita ande *enriedada* con el *tiniente* de caballería. ¡Qué ha de hacer la *probe* señora si su marido l'anda corriendo por esos mundos de Dios!... ¡Anda, anda! Y que no va poco tieso el tal D. Prudencio con su conquista... De seguro que se le figura que la tal niñita se peina *pa* él solo... ¡buen chasco se lleva! lo ménos que la he conocido yo á la Dolorcitas desde que vive en nuestra calle son cinco cortejos; y ya ves tú... no hace *entadía* un año... ¿Qué merecían esos hombres tan bobos? Una paliza buena es lo que merecían... *Miá* tú, doña Susanita, tan guapa, tan frescachona, tan *distruída*... irla á dejar por ese pingajo, desperdicio de la tropa... Te digo... ya ves tú á mí qué me va ni me viene... pero le arrancaba los ojos á ese Judas de mejor gana que lo digo.

### IV

#### La política en el tren

—¡Adios, D. Teodoro!

—¡Felices, D. Nicomedes!

—¿Viene V. de Pamplona?

—No; vengo de Castejon, donde he tenido que ventilar cierto asunto. ¿V. vendrá de Madrid?

—De Madrid, sí señor. ¡Tenía una gana de perderle de vista! Pero, ya se ve... de un día á otro podía presen-

tarse alguna complicación, y no convenia abandonar al Gobierno.

—Pues yo ya estoy cansado de servir sin que me sirvan. Cuando se anunció el debate político, yo le dije redondamente á Sagasta: «D. Práxedes, yo no pido subsecretarías ni direcciones; se me ha ofrecido una senaduría vitalicia, y el tal ofrecimiento no se cumple; estoy harto de votar que sí, que no, y que *qué sé yo*, sin sacar nada en limpio; las palabras son siempre palabras; todos mis amigos y parientes saben lo de la senaduría y al ver que nunca llega, me persiguen con cuchufletas y bromitas que no tengo necesidad de aguantar; ó somos ó no somos; ha llegado la ocasión de herrar ó quitar el banco.» Sagasta me habló de sus compromisos, de la dificultad de la combinación, de las altas influencias que se interponían, en fin, la canción de siempre; salimos medio riñendo y yo me fuí para mi casa sin aguardar el resultado del debate.

—Pues ha perdido V. cosa buena.

—Sí, ya sé, ya sé. Con que, en suma ¿la boda fracasó?

—Ruptura completa, amigo mio.

—Es una lástima, lo digo con sinceridad.

—Pues yo, si he de ser franco, le confieso á V. que me alegro; porque, no nos hagamos ilusiones, ¿qué porvenir era el nuestro si se embarcaban con nosotros Martos, el Duque, Montero Rios, Moret, Lopez Dominguez, Balaguer, Becerra, Linares Rivas, etc., etc.? Le digo á usted que cuanto más lo pienso, más me regocijo del desenlace que esto ha tenido.

—Es V. muy dueño de pensarlo así; pero el tiempo le probará que se equivoca.

—Allá veremos; por de pronto á mí me ha ofrecido Sagasta solemnemente una embajada.

—¿Ofrecido?... Ríase V. de ofrecimientos.

—Allá veremos, vuelvo á decir; yo no puedo creer....

—Ya lo creará V., yo se lo garantizo. Y hablando de otra cosa, ¿hacia dónde se dirige V.?

—Si he de ser franco no lo sé á punto fijo.

—Pues, amigo mio, lo mismo exactamente me sucede á mí.

—Por de pronto me voy á Aguas-Buenas; allí irá Sagasta, y siempre es una ocasión de estrechar relaciones; en las estaciones balnearias se intima con facilidad, y ¡quién sabe! Allí se fraguan combinaciones, se estudian planes...

—¡Ya lo creo!... Me parece muy bien pensado. Un primo mio estuvo una vez á punto de alcanzar una cartera porque, á más de haberle caído en gracia á Cánovas, le salvó de rodar las escaleras de un hotel agarrándole de los faldones de la levita.

—¿No digo yo?

—Yo llevo el mismo objeto que V.; sólo que V. se encamina hácia Aguas-Buenas, es decir hácia el sol que se pone, y yo hácia Biarritz, es decir, hácia el sol que nace.

—¿Se ha ladeado V. hácia la izquierda? Le compadezco.

—Pues no hay de qué, amigo mio; al freir será el reir; yo tengo más experiencia que V., el porvenir es nuestro; indefectiblemente nuestro; eso es elemental; basta abrir los ojos para conocerlo.

—No me desilusione V.

—Al tiempo me remito.

—Es que hace V. casi, casi, vacilar mis convicciones... si no fuera por la embajada...

—Ríase V. de embajadas.

—Le digo á V. que fué un ofrecimiento formal, y ante varios compañeros; por eso no he tenido inconveniente en manifestarlo; es público... hasta la prensa se ha hecho eco de ello...

—Ríase V., le digo.

—Después de todo, lo cierto es que, ya que voy á Aguas-Buenas... nada me cuesta detenerme en Biarritz.

—Vengan esos cinco...

—Hombre, no, no tanto. En Biarritz veremos qué tal anda la cosa; V. me presentará al Duque.

—Tendré mucho gusto en ello; pero con una condición...

—Diga V.

—La de que si, no obstante mis pronósticos, viéramos el pleito mal parado...

—Acabe V.

—¡Nada!... Que me permitiera V. acompañarle á Aguas-Buenas.

—Ahora sí que digo yo; ¡Vengan esos cinco!

—Es la influencia del exprés... El tren... acorta las distancias.

### V

#### En la estación

—Mucho *pesquis*, señores, que en esta estación hay mucha gente; ponerse *tó* el mundo á las ventanas *pa* que crean que va lleno el coche. ¡Eso es! ¡Así me gusta! *Sacái toas* los abanicos y *resoplai* fuerte como si fuéramos *sofocaos*... ¡Esa es la cosa!

—¡Jesus!... ¡Cuánta gente!... Si nos dejaran en paz... tan á gusto como hemos venido hasta ahora... pero ¡cái!

—Mira, *Pepiya*, quitate de la *ventaniya*.

—¿En verso y *tó* me lo dices?

—En verso y en prosa; métete *pa drento*, porque con esa cara tan remonona que Dios te ha *dao* vas á atraer á la gente. Sólo las feas deben ponerse á las ventanillas, *pa* espantar... ¿No lo dije? Aquel levita te ha *echao* el ojo, y se viene *paquí* derecho... ¡*Abanicaisos toas*!... ¡Uf!...

qué calor! ¡Va uno aquí como sardina en banasta! ¿*Paqué* no pondrán más coches?... ¡Ole! ¡le espanté!

—De buena hemos *librao*; *toa* esa caterva se nos iba á colar *paquí drento*.

—Vaya, parece que de esta no salimos mal; nadie se atreve con este coche; ya no se ve un alma en el anden.

—No hay que cantar victoria tan pronto. Mirar... mirar lo que sale por aquella puerta.

—¡Jesus! Un regimiento entero y verdadero; ahora sí que no nos vale ni la bula de Meco. ¡Ay Dios mio! En ningún coche encuentran sitio... ¡uff! ¡qué calor!

—¡Eh! Chicos, *paquí, paquí*, que aquí hay sitio.

—¡Jesus, lo que se nos viene encima!... No *quíés* caldo, toma tres tazas.

—Es la invasión de los bárbaros.

—¿Qué dice V. de bárbaro, *so mocoso*? El bárbaro será V.; tan mio es este coche como de V.; si V. lo paga yo lo pago ¿entiende V.? Y yo me meto aquí porque me acomoda; y ¿está V.? más que hubiera otro sin un alma de aquí no me movería, ¿entiende V.? Si *quíé* V. espárragos los siembra V., ¿está V.? No ha nacido *entadía* quien se me haya subido á las barbas, ¿entiende V.? Y *san se acabó* y punto en boca. Echa *pacá* esos cestos, Teresa, y *veísos* acomodando como podais, que aquí hay sitio *pa tós*; nosotros no *semos* más que cinco, y aquí caben *entadía* seis.

—Ustedes serán cinco; pero... ¿y esos cestos?

—Esos cestos son míos, ¿está V.? y no le deben nada á *naide*, ¿entiende V.?

—Si yo no digo que no sean suyos...

—Pues eso faltaba, mil demonios, que fuera V. á *icir* que no eran míos. Pues qué, ¿piensa V. que porque tenga ese *sombrero* de jipijapa, y esas *patiyas* rubias y esa *caena*, y esos *antiojos* se va á *cayar* el hijo de mi madre? Pues se equivoca V. ¿está V.? Y sepa V. que *pa* lo que yo gasto los *arfeniques* como V. es *pa* escarbarme la *dentadura*; ¿se entera V.? Y si yo no traigo maletas ni *malitas* es porque no me da la *rial* gana, ¿lo entiende V.? No porque V. me vea de estas trazas se vaya V. á figurar que soy un cualquiera; que tengo aquí en el *bosijo* *pa* *yenar* á V. y á *toa* su parentela la boca con *moneas* de cinco duros, *ligitimas*, ¿está V.? Que aquí no hay *fachendas* ni *sorpecherías*, ¿está V.? Mete ahí esos cestos, Juanita, y ten cuidado con no tocar á ese cabayero, no sea que se evapore...

—¿Sabe V. que está insultador por demás? Tenga usted más consideración, que aquí nadie se mete con V.; no provoquero V. á nadie.

—Yo no provoquero á *naide*, señora, ¿está V.? Este moquito me ha *yamao* bárbaro y es lo que no consiento, ¿entiende V.? ¡Vaya con las *comenencias*! Sacá, sacá la bota, *Loliya*, que echaremos un trago *pa* pasar estas *peniyas*... Beba V., *cabayero*, que no quite la uno á lo otro; V. me insultó, yo le insulté y ¡al avío! estamos en paz; pruebe usted ese *vinijo* y quedamos tan amigos; me lo *trajon* ayer del mismo Cariñena unos compadres de *toa* confianza.

—¡Muchas gracias! No acostumbro...

—¿Remilgos tenemos? Vamos, no se haga V. de rogar; cátele tan sólo, que *d'eso* hay poco en el mundo... Así me gusta... ¡Viva la Pepa y *ajúera* el mal humor!

(Se continuará.)

FERNANDO ARAUJO

Salamanca 1883

### LOS POMPEYANOS EN CÁPARRA

POR DON PUBLIO HURTADO

(Continuación)

—No es la guerra que os espera una guerra infructuosa, —continuó el tribuno.—Un espíritu elevado de justicia la preside, y la victoria ha de mejorar grandemente vuestra condición. Este jóven, que os presento, es el heredero de Pompeyo nuestro bienhechor, y me ha jurado hacernos libres, sin otra condición que la de ayudarle á aniquilar al Dictador. Podremos volver á constituirnos en pueblo independiente, como lo fueron nuestros abuelos; y el romano nos considerará como un igual ó un aliado. ¿No es esta nuestra comun aspiración? ¿Necesitais que ante vosotros ratifique tan solemne promesa?

Un nuevo redoble de las espadas sobre las peltas, contestó á la pregunta del orador.

Este se volvió á su amigo y le presentó la empuñadura de la espada.

Pompeyo extendió sobre ella la diestra mano, y dijo con voz estentórea:

—Juro por el excelso Júpiter Tonante, por el invicto Marte y la memoria veneranda de mi ilustre progenitor, que una vez vencedor de mi enemigo con la ayuda de los bravos lusitanos, les relevaré de las cargas que les impuso la dura ley de la guerra; que sus municipios podrán constituirse en la forma que juzguen oportuna; y que en particular el de Cáparra, obtendrá de mi agradecimiento la consideración de confederado y sus hijos gozarán el *ius itálico*, si les convinieren.

Un tercero y más prolongado choque de armas, acogió esta solemne protesta de adhesión y reconocimiento, después de lo cual, y á una señal del duunviro, aquel hormiguero humano se fué filtrando, digámoslo así, á través de la maleza que lo rodeaba, hasta quedar solos sobre el titánico pedestal los dos capitanes.

—Filon, si la buena suerte me conduce triunfante al Capitolio, yo te ensalzaré al patriciado.



JÓVEN ALSACIANA

—Gneo, arranca de mi alma la espina que la punza noche y día, si á ello alcanza tu poder, y guarda la purpúrea toga para quien ambicione algo más que la paz de su hogar.

IX

Durante ocho días consecutivos no hicieron más que afluir á Cáparra las tropas que los municipios de la baja Vettonia, y algunos otros lusitanos, sus convecinos, ponían á disposición del huésped de Vocusia.

Sus armas y sus trajes no podían ser más heterogéneos. Las aldeas enclavadas en los montes Herminios (hoy sierra de la Estrella) le enviaban dos cohortes de fundibularios, que por única vestimenta traían colgadas de los hombros oscuras *sisyrrnas* ó zaleas de carnero, ajustadas á la cintura por una tosca correa.

Turobriga (junto á Alcántara) le remitía otra de astarios, armados de agudas *falaricas*, lanzas de tres piés de longitud, cuyas cabezas cubrían sombreros de palma, burdamente confeccionados.

Lacnimurgo, en el camino de Cauria á Cáparra, le prestaba una centuria de auxiliares.

De Eburá le llegó media legion, usando sus soldados espadas de cobre de medio metro de longitud y aguzada punta.

De las tropas indígenas, eran las mejor regimentadas y uniformadas.

Cáparra le ofrecía dos mil combatientes. Y además ya se alojaba en las casas de la ciudad una legion romana, que comandaba el valiente y veterano Tito Labieno.

Pasada revista, como hoy se diría, al total de tropas allegadas, sumaron 9,000 peones y 700 caballos, con los cuales Gneo se decidió á partir en busca de Aulo Trebonio.

—¿Otra vez en marcha?...—preguntó Servilio, que no daba paz á sus mandíbulas, con marcadas señales de pesadumbre.

—Es preciso. La prontitud en los movimientos, da andada la mitad del camino para alcanzar la victoria.

—¡Y yo que me iba ya medio acomodando á este género de vida! ¡Vaya todo en gracia de la Prefectura!

En esto apareció Labieno.

—Pompeyo,—dijo al jóven:—Trebonio nos ahorra las incomodidades de la marcha.

—¿Qué dices?—interrogó con sobresalto el gastrónomo, que presintiendo la proximidad del peligro, perdió el color.

—Que sabedor de que nos hallamos aquí, viene á buscarnos.

—¡Que me place!—exclamó Gneo.—¿Cuántas tropas se le calculan?

—Dos legiones.

—¡Más que las nuestras!—advirtió con pavor el gloton, acariciándose con ambas manos, como para cerciorarse de que aún lo conservaba ileso, el abdómen.

—Mientras mayores son las dificultades que hay que vencer, más glorioso es el triunfo,—objetó Pompeyo.

—¡Ay!... son intenciones demasiado aventuradas. Por mi voto...

—¿Has tomado las oportunas medidas de precaucion?—preguntó el patricio á su lugarteniente.

—Sí. Los cerros vecinos están coronados de espías, hijos del país. No hay que temer una sorpresa.

—¡Mucho cuidado con ella! (¿Qué sería de mí, que estoy recién comido?)

—Vamos á reanimar el espíritu de los soldados,—dijo Gneo.

Y salió con su renombrado capitán.

Servilio que temblaba como un azogado, desde que supo que el enemigo se acercaba, se dejó caer sobre un escaño de corcho, sudando al goteron.

X

La proximidad de Aulo Trebonio era un hecho. Noticioso de que Pompeyo andaba ganando adeptos en la Lusitania, voló en su busca para batirlo.

Los centinelas indígenas, escalonados en un radio bastante extenso, en torno de Cáparra, encendiendo fogatas en la cúspide de los cerros, anunciaron la llegada del Legado.

Este, á la mañana siguiente, sentó sus reales á vista de Cáparra, sobre un pequeño altozano.

Pompeyo, para prevenir cualquiera intenciona, acampó también fuera de la ciudad, sobre otra loma.

Ninguno de los ejércitos rompió las hostilidades durante el día, y la noche los sorprendió arma al brazo.

Pensativo se hallaba Gneo en su tienda, cuando inesperadamente apareció en ella una blanca figura.

Era Naza, cuya escultural presencia hubiera convertido al ágamo más recalcitrante.

—Naza, ¿tú por aquí?

—Sí, Pompeyo.

—¿Buscas á tu esposo?

—No: te busco á tí.

—¿Qué me quieres? ¡Ah! tu presencia me anuncia alguna buena nueva, ó viene á preservarme de un peligro.

—Ambas cosas á la vez.

—Habla.

—Estás preocupado desde esta mañana. La superioridad del enemigo te hace dudar del éxito de la jornada, ¿es cierto?

—Nunca debe un general confiar demasiado en el triunfo. A muchos ha perdido su excesiva confianza.

—Una cosa es que se confie, y otra el que se tema un descalabro; porque tú lo temes.

—Si eso sucediese, yo moriría peleando.

—No es eso. Esquivas contestarme categóricamente, y en mí no debes recelar una inadvertencia. Escucha. Aunque mujer, y como tal no muy perita en el arte de la guerra, vengo á trazarte una regla de conducta, si quieres vencer.

Pompeyo la contempló con extrañeza.

—¿Desconfías?... Pues es lo peor que pudieras hacer. Tú me has salvado la vida, por el pronto; y siéndote deudora de ella ¿cómo dudas de que mis intenciones sean el facilitarte la victoria sobre nuestros enemigos?

—¡Oh! de tus intenciones no dudo ni he dudado nunca; mas aunque ellas sean excelentes, el resultado de tu plan puede ser deplorable.

—Te respondo del éxito.

—Exponlo, pues.

—Es brevísimo. Mañana será probablemente el choque. Pues bien: no trates de batir las legiones de Trebonio, aunque este á ello te provoque. Recomienda á tus capitanes que estén á la defensiva. El éxito de la jornada estriba en que la noche sorprenda á los dos ejércitos en



DURMIÉNDOSE, DORMIDA Y DORMITANDO, dibujo del natural

las mismas posiciones que hoy ocupan, ó al ménos en que la Victoria no haya inclinado su balanza en pro de ninguno de ellos.

Gneo miraba de hito en hito á la vettona. En los ojos de esta se traslucía algo de sobrenatural.

Viendo que el caballero vacilaba, añadió con acento acucioso, deprecatorio, suplicante, cruzando ambas manos para dar á sus palabras mayor fuerza:

—¡Por Taranu, noble Pompeyo! Depon tu incredulidad. Mira que van en ello, tal vez, tu destino y mi vida.

—Pero... ¿y si no venceremos?

Naza sonrió tristemente.

—Sí,—contestó.—¡Venceremos! Tú sigue mis consejos, y tal vez cuando te creas más comprometido, te encuentres á las puertas del templo de la Victoria.

## XI

Clareó el día, y el sol no tardó en elevarse á los etéreos espacios, prestando al mundo calor y movimiento.

Sólo los ejércitos beligerantes permanecieron inactivos. Cada uno esperaba que el contrario rompiera las hostilidades.

Al fin Aulo Trebonio, viendo que Pompeyo no daba señales de vida, dió sus órdenes para que algunas centurias se moviesen contra el enemigo.

Destacáronse algunos pelotones de guerreros, del grueso del ejército, y andando, andando, fueron acortando la distancia que de los pompeyanos los separaba.

Estos á pié firme aguardaron á los agresores.

En presencia de su inmovilidad, el cesariano sospechó alguna estratagema, y toda su prevision y actividad se consagraron á tomar precauciones para no ser sorprendido.

Gneo habia dividido su ejército en tres porciones. En la de la derecha, que se extendía por el valle, mandada por Tito Labieno, se contaban los honderos herminianos, cuatro cohortes romanas y cuatrocientos jinetes. En la de la izquierda, que regia Filon, se hallaban los hijos de Cáparra y Ebura, y otras tres cohortes latinas. Y el centro, que el mismo Pompeyo comandaba, se componía de los soldados de Turobriga, Laconimurgo, y otros pueblos lusitanos, trescientos caballos y las dos cohortes de triarios, ó soldados veteranos de la legión.

Las fuerzas destacadas por Trebonio acometieron el ala derecha de su competidor, siendo recibidas por los honderos montañeses con un nublado de sendas y certeras peladillas.

Contra Filon avanzaron dos cohortes cesarianas, sobre las que desde luego se precipitaron los fogosos caparrenses, con su jefe á la cabeza.

Los centros de ambas líneas se contemplaban inmóviles.

A las primeras de cambio los soldados de Filon hicieron sentir á las falanges trebonianas los efectos de su empuje, y llevados de su ardor bélico, se internaron más de lo que la prudencia aconsejaba, en el campo enemigo.

Reforzados los romanos con otras dos cohortes de refresco, la lucha se equilibró, y acercándose los combatientes unos á otros, la lid se hizo individual, y empezó á luchar cuerpo á cuerpo.

Pompeyo, atento al consejo de Naza, mandó á decir al duunviro que se replegase sobre sus anteriores posiciones.

Pero Filon, empeñado ya en sangrienta lucha, le contestó, que un español no retrocedía jamás ante el peligro.

Esta respuesta contrarió á Pompeyo, no sólo porque se iba á ver obligado á faltar á las prescripciones de la bella vettona, sino porque preveía que el foco de la acción iba á localizarse en la falda de la montaña, cuya superficie escabrosa imposibilitaría el concurso de la caballería, en la que él cifraba sus esperanzas.

En vista de esto, y para que el grueso de las tropas adversas no cayese sobre Filon, mandó avanzar á los

honderos de Labieno y á los turobrigenses, lancienes, pesures, igeditanos y otros auxiliares.

Con el movimiento acentuado, Trebonio no se atrevió á desamparar los restantes puestos de su línea, y fué más parco en aglomerar fuerzas contra los de Ebura y Cáparra, que hacían prodigios de valor.

Hasta el medio día, puede decirse, los romanos que militaban en el campo de Pompeyo no habían sido más que meros espectadores de la refriega.

Los españoles habían sido los paganos.

Viendo Trebonio que su ala derecha era la más reciamente atacada recabó una cohorte, y dándole ejemplo, cerró con los contrarios.

Filon lo conoció, y olvidado de sí mismo, se fué hácia él como un perro rabioso.

—¡Infame!—le gritó.—Toma el pago de tu deslealtad.

Y le tiró tal tajo, que la espada al hendir el viento, zumbó como el huracán.

Aulo dió un salto atrás, burlando el golpe; mas la punta del arma le alcanzó en la pierna izquierda, en la que le produjo una larga herida de arriba abajo, si bien no interesó más que la piel.

Una docena de legionarios cercó en un instante al osado lusitano, con la sana intención de hacerle expiar con la vida tanta audacia.

El vetton, con los ojos centellantes y con la agilidad del tigre, se defendía teniendo á raya á sus enemigos.

El legado gritó á estos:

—No matarle: cogédmelo prisionero.

—Mientras viva, será inútil,—advirtió el aliado de Pompeyo.

Mas no había aún espirado en sus labios la última sílaba, cuando resbaló y cayó al suelo, viéndose sujeto por veinte manos de hierro en un instante, ántes de que él pudiese incorporarse.

—¿Con que

solamente muerto, eh?—le preguntó con sarcástica ironía Trebonio.

—¡Maldición!—articuló el prisionero con voz ronca como la bocina de la desesperación.

—Ponédmelo á buen recaudo. Quiero reservarme á este bravo para que adorne el triunfo que me espera en Roma.

La noticia de la prision del duunviro se propagó inmediatamente por los dos campos.

Los españoles que capitaneaba se desanimaron con tan sensible pérdida, la que envalentonando á los reforzados enemigos, dió lugar á que estos hicieran en aquellos horrorosa carnicería.

Apercibido Pompeyo de tan funesto accidente, ordenó al tribuno de la legión que regia las tres cohortes romanas de la división del prisionero, que avanzase á hacer frente á los animosos enemigos, y á contener la desbandada en que caparrenses y eburenses se habían empezado á pronunciar.

Las cohortes se movieron, y el equilibrio se restableció.

En el centro y ala derecha de la línea pompeyana, cada cual seguía ocupando su puesto, sin ventaja conocida para ninguna de las huestes.

Sólo los honderos y unos doscientos caballos, guiados por el mismo Tito Labieno, habían logrado una pequeña ventaja sobre sus fronteros adversarios, pero ventaja que nada ponía ni quitaba en la balanza de la victoria.

Y en esta disposición cayó la tarde y las sombras nocturnas fueron desplegándose sobre el campo de batalla.

Los contendientes, sumidos en la oscuridad, se vieron precisados á diferir sus sangrientas rencillas para la próxima alborada.

## XII

Hacia tres horas próximamente que la Noche había empuñado el cetro de nuestro hemisferio cuando una sombra movible y cautelosa, burlando la vigilancia de los centinelas de Trebonio, se deslizó á través de su campo, en dirección á la tienda del Legado, sin producir el más tenue ruido.

Al llegar cerca de ésta, un centinela le cortó el paso.

—¡Alto! ¿quién eres?

—Ya lo ves: una mujer.

—¿A quién buscas?

—A tu general.

—¿Qué le quieres?

—Eso queda para él y para mí.

—Entonces...

—Anúnciame.

(Se continuará)



UN DESCUIDO APROVECHADO, cuadro por J. Sonderland

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON